



MESA REDONDA

LA CONVERSION: QUERER Y SER QUERIDO

El cambio de sentido caracteriza la conversión de aquellos confrontados con la *visión global* ofrecida por el pensamiento hegemónico. En esta etapa de la historia, donde el dinero, el poder y el éxito polarizan el humano interés, aún quedan voluntades decididas a construir un mundo diferente y sin excluidos. Para ello, el amor como basamenta, la voluntad como brazos.

I. LAS DIMENSIONES ETICA Y RELIGIOSA

EMILIO ANDREU: Para empezar diré que creo que previamente a la conversión hay una *escala de valores*, y que no existe conversión si no hay escala y si no hay valores. Estamos desnortados, y la conversión nos llevaría a transformar unas relaciones de solidaridad diaria que normalmente no se notan, aunque para cada cual constituyen un gran esfuerzo. Esa intersección de círculos que somos cada cual puede, empero, ir transformando la realidad, pese a las dificultades.

ANDRÉS TORRES QUEIRUGA: En la conversión hay un aspecto fáctico (convertirse es cambiar, se da un cambio) y un aspecto etiológico: por qué se da el cambio, se cambia por algo. No me interesa acentuar el aspecto voluntarista del «yo quiero» cambiar (importante en todo caso, porque nuestra libertad nos constituye), pero cuanto más avanzo en la vida experimento más la incapacidad de la voluntad: No somos lo que queremos ser, sino lo que vamos siendo. Los grandes o pequeños cambios vitales van creciendo en nosotros, madurando, con una cierta paciencia del tiempo. Yo deseo cambiar, y espero el cambio, lo espero activamente.

Lo fundamental de la conversión es hacer una experiencia de algo, que va

generando una revolución en el interior, y saliendo a la superficie produciendo cambio, nueva conducta («nacer de nuevo», dice el Evangelio). Hay una polaridad en la Biblia: Ciertamente Ezequiel dice en un momento «Hacéis un corazón nuevo», pero normalmente la Biblia lo que dice es «Dame un corazón nuevo». El cambio cuando es profundo y rico se siente siempre como *gracia*, como algo que se nos da, aunque uno tenga que pagar por ello sudor y lágrimas, pero es siempre regalo, es don.

¿Cuándo se produce ese cambio? Hablando religiosamente, cuando uno toca el fondo del ser, el fondo amoroso, el fondo creativo de Dios, que es amor y salvación. Si esta intuición en algún momento penetra en la vida, ahí comienza el laborio interno de la conversión. Diría yo que no se es cristiano hasta que no se ha pasado por la experiencia de Lutero, y pongo a Lutero como cifra de alguien que de repente descubre que no es su lucha contra el pecado, que no es su angustia, sino que cae en la cuenta de que el ser es gracia, de que Dios está ahí, dándose y dándonos a nosotros mismos nuestra mismidad.

La experiencia de conversión es un vivir desde Dios, no un conquistar a Dios, ni un convencerle. Lo que tenemos entonces que hacer es dejarnos orar por Dios, dejarnos vivir por Dios, dejarnos ser por Dios. Y esto que puede parecer un iluminismo o un pasivismo es la fuerza mayor que tenemos. Cuando caes en la cuenta de esto sabes que estás apoyado en roca firme, que puede dejar fluir los profundos dinamismos de tu ser, esto te va transformando a ti y a la realidad.

JOSÉ MARÍA VEGAS: Yo plantearé la conversión más sobre todo desde el punto de vista moral o ético, pero sin excluir ninguna de sus dimensiones. La mera posibilidad de hablar de conversión significa que no vivimos de manera neutra ante lo real, sino valorando, es decir, confrontados con valores diversos tanto en el modo de atraernos como en la forma de realizarlos; en segundo lugar, estos valores con los cuales nos confrontamos continuamente y en contacto con los cuales hacemos nuestra vida no pueden ni en su descubrimiento, ni en su relación darse por inexistentes, aunque quepa dar la espalda a valores descubiertos o ser ciego a ellos. En tal sentido la vida humana individual y colectiva tiene momentos de distinta autenticidad, fidelidad, etc., a lo largo del proceso vital.

Desde este marco axiológico diremos que existen a su vez dos tipos básicos de conversión, una a la que yo llamaría «conversión tumbativa», o «panorámica» (en el sentido etimológico, la que ve la totalidad de lo real), y a la que se llega ya sea por experiencias límite, por contacto con ciertas personas, etc., en la cual hay un doble momento: un momento teórico de descubrir una realidad, y un momento experiencial práctico. La otra conversión es la «conversión cotidiana» que complementa a la anterior y consiste en la adecuación entre los valores en que se cree y la realidad de la propia vida, tratando de ser coherentes respecto de las convicciones. Más que un descubrir, aquí estamos ante un tratar de adecuar lo que vivimos a lo que creemos. Ello exige la virtud de la fortaleza, que lleva consigo las de la perseverancia y de la fidelidad.

Tres son las intencionalidades de tal conversión: La primera, la *conversión a uno mismo*, más allá de la superficialidad y de lo que digan los demás, del egoísmo, o de la inautenticidad, hacia la apertura a la experiencia profunda del propio valor y la reconciliación consigo mismo. La segunda es la *conversión que ve o descubre* cómo deberían ser las cosas. Cuando falta la primera, el fanatismo por un lado, y la amargura por otro, pueden ser manifestaciones de una personalidad que «ve» lo mejor, pero, incapaz de haberlo hecho carne propia, agrede a los demás que tampoco lo realizan, o que caminan en dirección distinta. La tercera es la conversión del «amor», de la autenticidad, de la autonomía que agradece el valor propio y se abre a los ajenos, a los demás como «tú», como persona, como ser digno. Aquí late la misericordia, la capacidad de comprender, de esperar en medio del misterio, de escuchar, de perdonar (desde la propia debilidad e inadecuación), etc. Frente a la controversia, pone la presencia del prójimo, desde el cual puede darse la apertura a Dios, al Dios fuente de los valores, que —como dice san Agustín— me es más íntimo a mí mismo que mi propia intimidad, ya que en lo profundo del propio ser descubro que soy imagen de Dios. Abrirse a Dios es salir de la propia tierra: Dios le dice a Abraham: ¡Sal de tu tierra!, esto es, renuncia a tu egoísmo, no seas indiferente a los demás, a los pobres, etc.

JOSÉ GÓMEZ: Yo quisiera hablar de la dificultad de la conversión. Veo que hay dos rasgos del modo de ser de los hombres que de una forma especial entristecen a Jesús. Jesús es tolerante con la debilidad, pero dos cosas le molestan tremendamente: El endurecimiento de corazón y la hipocresía, que dificultan notablemente la conversión, porque enmascaran lo real. El hipócrita, el farsante, el hombre de doble vida que comienza engañando a los demás y termina engañándose a sí mismo, de tanto hacer de su vida una inmensa mentira acaba siendo el primero que se la cree. A su vez el embotamiento o dureza de corazón vuelve impermeable a las razones de la misericordia, ciego respecto a los otros, hasta el punto de llevar a veces incluso a la eliminación de la conciencia.

Condición indispensable de la conversión es el reconocimiento del mal camino propio; difícilmente podremos remediar lo que no reconocemos. Sólo quien reconoce su finitud y su pecado puede trascenderles, pues ello significa que no se han apoderado totalmente de nosotros, porque alguna voz de nuestro yo no ha quedado acallada aún por la maldad. Por el contrario, la total identificación con el mal es la que no permite ponerle ese nombre de mal, que siempre de algún modo comienza a desautorizarme. Lo más abominable de la ceguera del señorito Ivan en la novela de Delibes «Los santos inocentes» es que ni siquiera tiene conciencia de estar cometiendo una injusticia irritante cuando maltrata y fuerza al pobre servidor herido y en peligro, porque todo su campo de percepción se halla ocupado por su poder de señor que desea la caza.

El primer pecado que se percibe en la Biblia en el Libro del Exodo es el pecado de los opresores. Posiblemente la primera experiencia codificada de pecado en Israel sea la del pecado de sus opresores: Hoy los países sudamericanos hablan de la teología de la liberación porque son los oprimidos. La

conciencia del pecado personal se produce cuando uno se da cuenta de que está cooperando al pecado de los opresores. Cada uno de nosotros coopera con los opresores doquiera que esté.

Por último ¿cuál es el mecanismo por el cual se puede salir de este círculo? Ejemplo paradigmático es el de David en ese proceso. Obsesionado por la lógica del deseo, no se da cuenta de las atrocidades que comete; incluso él mismo recrimina —cuando el profeta se lo presenta— el caso del que ha arrebatado la oveja al que sólo tenía una. Es el profeta Natán el que le dice: «Eres tú». Por eso el profetismo es necesario, creando utopías alternativas y diciendo a la vez como el profeta Natán: Esto está mal. Esa voz falta, y debe estar arropada por la comunidad para que entonces se haga sentir mucho más.

LUIS DE HARO: ¿Creeis que se puede dar una conversión auténtica permanentemente mantenida, no como un fogonazo momentáneo fuera del cristianismo?

CARLOS DÍAZ: Gotthold Ephraim Lessing escribió en el siglo XVIII una obra denominada *Natán el Sabio*, que dice así: Un padre, antes de morir, deja un anillo de valor incalculable al predilecto de sus hijos, estableciendo que éste, a su vez, lo legara a su hijo predilecto, y que éste se convirtiera siempre, sólo en virtud del anillo, en cabeza y príncipe de la casa. Y así, de hijo en hijo, llegó finalmente el anillo a un padre que tenía tres hijos, los cuales le eran igualmente obedientes y en consecuencia no podía menos que quererlos igual a los tres. Lo que sucedía es que unas veces le parecía más digno del anillo el uno, otras el otro, o bien el tercero —según se encontraba a solas con él cada uno y no participaban los otros dos de los desahogos de su corazón—; con que tuvo la debilidad de prometer el anillo a cada uno de ellos. Y así fueron yendo las cosas. Pero, claro, llegó la hora de la muerte, y el bueno del padre cae en perplejidad. ¿Qué hacer? En secreto encarga a un artista fabricar otros dos anillos tomando como muestra el suyo, ordenando que no se repare en precio ni en esfuerzos para conseguirlos completamente iguales, lo que consigue el artista. Cuando le lleva los anillos, ni el padre mismo puede distinguir el original. Satisfecho y contento llama a sus hijos aparte; da su anillo y su particular bendición a cada uno, y muere.

Apenas muerto el padre, viene cada cual con su anillo y quiere ser el príncipe de la casa. Se investiga, se disputa, se demanda. Inútil; imposible demostrar cuál es el verdadero anillo. Ante el juez, los tres juran haber recibido directamente el anillo de manos de su padre. Y el juez les dice: ¡Marchaos! Recibisteis del padre vuestro anillo, pues crea cada cual con seguridad que su anillo es el auténtico. Y cuando luego, en los hijos de vuestros hijos, se manifieste hacia afuera la pureza de los anillos, para aquel entonces, dentro de miles de años, os cito de nuevo ante este tribunal.

Moraleja: Por sus efectos, por sus obras los conoceréis; el anillo no vale si no hay amor, y la conversión está en el amor. En eso estamos todos emplazados, no para presumir sino para agradecer y trabajar para que cada ser humano sea tratado como fin en sí mismo. Si ayer se decía que «fuera de la Iglesia no hay salvación» y hoy ciertos agnósticos insinúan lo contrario, nosotros

no decimos que «fuera de la Iglesia no hay conversión», pero tampoco —claro está— que dentro de la Iglesia no la haya. A veces, ante el testimonio del increyente, el creyente se ve indigno.

JOSÉ MARÍA VEGAS: Al margen de las creencias concretas de cada persona, los resortes internos que nos mueven a actuar son idénticos en lo fundamental. Yo, reivindicando una autonomía de la ética respecto de la religión, creo que son posibles las conversiones morales, como se ve en la experiencia diaria, incluso en gente muy contraria a la experiencia religiosa que posee una gran integridad moral; otra cosa es que tú —sin referencia a lo divino— puedas o no dar razón fundante a tu conversión moral. También podría existir una conversión estética, etc.

II. EL CONFIAR ACTIVO DE LA CONVERSION

ANGEL NISTAL: ¿Cómo llegaríamos, en todo caso, nosotros a hacernos convertidos? Sólo si preguntamos por cada uno de nosotros mismos me parece interesante la respuesta.

ORENCIO LEÓN: Para mi conversión significa confianza, creer en el hombre y en su valor trascendente, lo que no deja de ser misterioso, porque a veces la experiencia con los humanos es dura de pelar, de ahí que pase un poco al respecto como con la intuición artística, donde ante un cuadro nadie puede convencerte de que aquello es bello si tú no lo ves. Cada acto de contemplación de un acto es una recreación interior del sujeto, que exige una energía y un esfuerzo íntimo. Por eso existe la enfermedad del arte cuando uno contempla mucho: Quien percibe profundamente ese valor artístico puede caer extenuado, como le pasó a Stendhal, que dio nombre a la «enfermedad de Stendhal». Todas las personas pueden tener ese valor ético. Ahora bien, yo creo que sin el valor religioso podría quedar como en el aire el valor ético.

Pero también posee todo hombre virtualmente la intuición religiosa de lo «numinoso» (como dice Rudolph Otto) en cuanto que confianza en el fondo de lo real, lo cual se expresa en dos momentos: Primero, en que el mundo tiene sentido, y —segundo— en que si algo tiene sentido todo tiene sentido, intuición que es principio de la vivencia religiosa. Sólo ulteriormente, cuando los hombres se diferencian, es cuando racionalizan su creer o no creer en Dios. La «aversio de Deo et conversio ad creaturam» que decía santo Tomás (la aversión respecto de Dios y la centración exclusiva en las creaturas) es una cuestión de ruptura de la confianza primera y radical: Adán y Eva quieren saber tanto como Dios porque desconfían de su sabiduría, y entonces hacen lo prohibido.

Cuenta la filósofa Simone Weil al respecto que una novia va a la «Estación del Este» en plena Guerra Mundial a recibir a su novio que milita en la resistencia; la pobrecilla se acicala como puede en aquellos tiempos de miseria, y, con los zapatos limpios gracias a que por el camino se ha puesto zapatillas, envuelve a éstas llenas de barro en un periódico nazi que andaba por

allí mientras espera con toda ilusión al novio. Empero, cuando éste la ve rompe con ella: «Sólo me faltaba que mi novia leyera el periódico enemigo». Pues bien, he ahí el pecado, la ruptura de la confianza y de la amistad. Nuestra cultura moderna, tan dominada por el «magisterio de la sospecha» no puede, por ende, convertirse tan fácilmente.

ANDRÉS TORRES QUEIRUGA: Quisiera decir al respecto que mantener una conversión —alimentarla y retroalimentarla— no parece fácil si no existe la experiencia de comunidad.

JOSÉ MANUEL ALONSO: A mí me gustaría insistir brevemente en lo relativo a las convicciones de la conversión, que tiene algo de enamoramiento, pero también de nacimiento y de muerte; es por ello algo radicalmente personal e intransferible. Esto me lleva a preguntarme por la lectura que hace el sujeto de su propia experiencia, y el modo en que la comunica a los demás. Pienso que en cuanto tal la conversión no es comunicable, pese a que hablemos de ella. Lo que percibimos, empero, no es la conversión sino el cambio resultante. La conversión nos proporciona un impulso y un criterio, pero no nos marca un camino, se hace camino al andar. Yo, entonces, me planteo un problema práctico o político: Si lo que vemos son huellas que leemos desde unos condicionamientos culturales, podemos transmitir pedagógicamente las huellas, las condiciones, pero no la misma conversión, que sólo puede experimentarse por parte de cada cual. Por eso la conversión no nos ahorra ningún esfuerzo, no nos faculta para saltarnos la política, sino que nos obliga a preguntarnos por lo cotidiano y no nos hace la vida fácil. Como continuamente la conversión nos lleva a decir «esto no es, esto no es», me pregunto si estaremos haciendo bien hablando de conversión, y si no deberíamos más bien hablar de sus mediaciones, que sí son comunicables.

FEDERICO VELÁZQUEZ: La conversión yo creo que es el camino que se presenta en la vida de toda persona, en la medida en que el camino de cada uno es el viaje desde la ignorancia hasta la sabiduría, hablando en términos orientales. En este sentido pienso que el mal no existe, lo único que hay como realidad es el bien y la ignorancia, la cual también existe en nosotros y muchas veces nos lleva a hacer barbaridades, pero en definitiva el valor sólido es el bien, y esto es lo que nos da además esperanza a todos. Lo único que existe es el bien dentro y fuera de nosotros, guste o no a la gente. Estamos en un mundo de *bien*, no llevamos nada más que bien, y nuestra vida no se sacia hasta que conocemos el bien. Y la forma de conocer este bien es lo que se ha llamado conversión, porque hay varios niveles dentro del ser humano, la *mente* (que tiene un parecido sospechoso con la palabra «mentira» a la que va muy ligada, porque la mente es una gran generadora de mentiras, de ahí que cuando hablemos a nivel de mente nos confundamos) y el *corazón*; sin embargo, cuando hablamos a nivel de corazón, ahí no hay confusión, por eso yo veo en lo que podríamos llamar experiencia de conversión algo universal, porque aquí el hombre —sin confesión o con ella— se entiende muy bien, porque la experiencia última es la misma para todos, y en las religiones es mucho más importante lo que las une, que lo que las separa, por analogía con la experiencia interna.

Ahora bien, mientras la conversión es una experiencia personal, sin embargo la ayuda de los demás puede ser muy importante, queriendo o no queriendo, habiendo de prepararnos al efecto. Y estoy de acuerdo en que una vez que se ha hecho la experiencia de conversión cual *luz* que ilumina todo el ser, hay que alimentarla; si no se mantiene, esa luz se apaga, como ocurre con cualquier realidad humana. Porque el que hayas encontrado el tesoro quizá no sea mérito tuyo, pero tal vez el que siga alumbrándote quizá sea tuyo en alguna medida (los orientales llaman a este jercicio con la hermosa palabra *Shadana*). Y una vez que la conversión ya vive en tí, luego, con este punto de partida, resulta imprescindible para el compromiso sociopolítico, pues no es lo mismo acudir a un compromiso tal cuando tienes un cierto equilibrio interior, que cuando no lo tienes. Así las cosas, es posible ayudar a la experiencia de conversión tanto propia como ajena; de hecho lo que vale la pena en la vida es precisamente esto, preparar nuestra conversión, y luego si surge y es el caso facilitar las posibilidades de conversión de los otros, no por ningún afán mesiánico sino porque la persona no va a sentirse plena y feliz hasta que no encuentre el tesoro que lleva dentro, y ese tesoro o anillo lo lleva absolutamente todo el mundo, es patrimonio de cada individuo, aunque a veces no lo encontremos por ignorancia.

GERARDO LÓPEZ: La gran dificultad que yo veo para la conversión es lo que podríamos llamar *el desapego*. Para toda conversión se necesita el desapego, siendo así que los hombres estamos apegados a las cosas y hasta a las personas cuando las aprovechamos e instrumentalizamos como algo externo, como medios para nuestro fin.

Hay que hacer además una especie de subversión de la inteligencia, que tocada del apego es superficial y vive vertida hacia el exterior, extra-vertida y no con-vertida.

Para todo ello se precisa la *humildad*, no para desvalorizarme ni para culpabilizarme, ni para ponerme como lo que no soy, sino que la humildad es un equilibrio, un situarse y un verse como uno es. Humildad es dignidad de ser lo que somos en nuestro humus, humildad viene de «humus».

Si el hombre no está preparado, no puede ver la luz, la sabiduría; el hombre *«ve»* con luz; ver no es saber, ver es cambiar las actitudes confiando plenamente y abierto a lo que pueda suceder después.

Pero la luz es un don que se recibe, y la actitud respecto de él es la de *gratitud* hacia ese bien. Cuando ese don el hombre cree que procede de lo trascendente, de Dios, que es el que da la gracia, estamos en la conversión religiosa, y si no en la sabiduría, que existe en todas las tradiciones (pero siempre que el hombre se reconozca en la experiencia espiritual, desde donde se da; yo creo que *no hay* conversión si uno no se reconoce espiritualmente, no sólo *transformando el corazón o la mente*, aun superficiales).

El hombre que agradece esa luz *responde, da respuesta* a ese don, da a los demás, transmite ese don, se compromete en un compromiso social o político. Tal es la apertura de la conciencia o del corazón, lo que llamamos *«amor»*, que consiste en ese estar abierto a los demás.

PABLO SIMÓN: La conversión tiene una dimensión de identificación por la que el hombre asume que quiere ser lo que desca ser, y a su vez allí hay tres momentos que deberían ser simultáneos. Primero: *Yo quiero pensar de otra manera*, no sólo transformar el corazón sino también los esquemas mentales, porque aunque no nos lo parezca estamos imbuidos de los mitologemas imperantes provinientes del magisterio de la sospecha; hay luego un momento de *conversión del corazón*: Yo quiero sentir, yo quiero querer de otra manera; pero no me parece suficiente tampoco si no va acompañado de un tercer momento, que es *yo quiero vivir de otra manera*, y eso tiene que empezar a verse en acciones concretas. Si tal no se plasma en la vida real, no me sirve para nada, aunque hayamos teorizado mucho.

Y la segunda dimensión es la de *asumir nuestra condición limitada*, sin lo cual vamos a la amargura o a la violencia. Los momentos básicos de toda actitud no violenta son por el contrario renunciar a ejercer la violencia contra uno mismo y contra los demás.

Para terminar diré que yo no creo que todo sea bien, yo creo que el mal existe, porque si todo es bien, entonces la libertad del hombre está anulada.

JOSÉ MARÍA VEGAS: Al margen de la polémica que se pueda establecer sobre el bien y el mal, diré que la no existencia del mal no implica la no existencia de la libertad, porque al menos teóricamente se supone que Dios no puede ejercer el mal, y sin embargo es absolutamente libre.

III. EL PERSONALISMO COMUNITARIO COMO CAMBIO SIMULTANEO DE LO GRANDE Y LO PEQUEÑO

CARLOS DÍAZ: Aceptemos que la conversión consiste en el paso de la ignorancia a la sabiduría, del mal al bien, del no quiero al si quiero porque te quiero. Ahora bien ¿cómo sé que voy camino de la sabiduría, del bien, y del te quiero? Porque me estoy orientando operativamente y con hechos contra lo degradatorio; cuanto más profunda y operante sea esa orientación, tantos más estratos de mi personalidad se habrán convertido: alma, corazón, y vida, lo que somos.

Esto es patrimonio universal. Si el ser humano no puede universalizar su amor, entonces no podrá siquiera universalizar su discurso, porque para que el discurso de la racionalidad comunicativa sea universalizable ha de estar fecundado por el amor.

Y por ser patrimonio universal, debe afectar en la medida en que cada cual lo pueda a todas las estructuras y a todas las personas en el discurso político, sindical, militante, ciudadano, docente, laborante, y, sufriente. Si tal falta, falta la conversión, y sobra la sugestión, la enajenación. No es, pues, primero la conversión del corazón y luego la estructural, sino que o nos convertimos paulatina pero totalmente en lo estructural y en lo personal a la vez, o quien diga lo contrario está cerca de ser un extraterrestre.

Resumiendo: no hay más discurso de la conversión personalista y comu-

nitaria que aquel que, comenzando en el éxodo que nos invita a salir de la propia tierra (egressus), termina con un «Volved a mí los que os sintáis agobiados» (regressus). Si el agnóstico, saliendo exódicamente de su tierra para darse (éxodo que así es también génesis) no termina en una regeneración, todavía no está con-vertido, está di-vertido, porque vive aún en el hacia afuera de sí. Pero si es capaz de sacar de sus propias fuerzas y sólo de ellas la energía suficiente como para, exilicamento, desde su salida, volver hacia su interior, pues adelante. Yo pienso que, de todos modos, necesita del Dios Amor para dar profundidad y sentido y acogida y consuelo a una tarea tan magna como la por él emprendida.

Pero aquí entraríamos ya en el análisis de la autonomía humana, y de si por sí misma hace necesaria la presencia de Dios. No creyentes y creyentes estamos obligados, en todo caso, a plantear con profundidad y con rigor este asunto; y, sea cual fuere la respuesta, continuaremos trabajando respetuosamente juntos unos y otros en las causas comunes.

ANTONIO NEGRO: Quiero añadir que hablar de la conversión exige tener en cuenta la situación social existente de la humanidad y de quienes están a nuestro lado, donde unos tienen todo y otros nada. No cabe, pues, plantear la conversión desde nuestra mera subjetividad sin más, pues podría degenerar en subjetivismo o manía personal, sentados cómodamente en el sillón, incluso muy a gusto con nosotros mismos; hablar de conversión exige hacerlo atemperado o mediado claramente por las necesidades de los demás, especialmente de los últimos. De ahí que la respuesta debe incidir en lo estructural, en lo institucional, y por supuesto en el cambio personal.

EMMANUEL BUCH: Soy pastor protestante, y agradezco que se haya citado a Lutero, pero esa misma fue antes la experiencia de san Agustín. Quiero insistir un poco más a la hora de hablar de la conversión en la sencillez, pues si la experiencia de conversión ha de ser universal y estar al alcance de cualquier persona, entonces no puede ser muy complicada. Quizá sea difícil decir qué ha pasado en el interior del convertido, pero probablemente también pueda explicarse de una forma sencilla. Dice el Apóstol Pablo que Dios es quien en vosotros produce así el querer como el hacer por su buena voluntad; de hecho toda la historia del Antiguo Testamento es una frustración: El pueblo quiere pero no puede, lo intenta pero no le sale, por eso al final el destino de los profetas es eso de que tendréis que cambiar vuestro corazón, un corazón de cera por un corazón de carne, leyendo los mandamientos no en tablas de piedra sino en el corazón. Si Dios mismo es quien hace en nosotros la conversión, la cosa no puede ser muy complicada; puede ser muy grande, y lo es, mas no muy complicada. Jesús habla de la necesidad de «nacer de nuevo», en el sentido de que aquí el voluntarismo no juega el papel fundamental —eso le pasaba a Unamuno, y así le iba. En el Evangelio de Marcos hay una parábola muy bonita (no sé por qué no se narra en ningún otro): El Reino de Dios es como una semilla de mostaza, que crece sin que el hombre sepa cómo, siendo primero semilla, luego espiga, luego fruto. Así pues, la iniciativa no parte del hombre sino de Dios, abierta a todos. Lo que el hombre hace es abrirse a esa presencia de Dios, pero eso no puede ser muy compli-

cado. La presencia de Dios en el hombre es una semilla que lleva fruto, como lo más natural.

A partir de ahí es cuando podemos ser muy exigentes con la propia experiencia de conversión. Jesús dice: Por sus frutos los conoceréis. Y cuando Santiago hace una definición de lo que es la religión dice: Ayudar al huérfano y a las viudas en su tribulación, y guardarse sin mancha del mundo: Un guardarse para la comunicación íntima con Dios, con su expresión, tan necesaria como inevitable, en el crecimiento de la semilla desde la humana relación de atención (en el siglo I los más necesitados eran huérfanos y viudas; en nuestro caso, lo que sea).

Resumiendo: Es en el corazón donde nace una auténtica transformación y se opera el proceso, no siendo mérito humano ni un pulso a lo real, sino un don de Dios que inicia la transformación de la vida y que se traduce en los actos diarios. Pero eso lo hace Dios, camino sencillo que es la obra de Dios en uno.

AVELINO NISTAL: Parece que hablamos como maravillosos convertidos. Pero yo durante todo el tiempo he estado pensando en las riadas de gente joven de mi barrio: ¿Entenderían este lenguaje?

CARLOS DÍAZ: Difícil pregunta; en todo caso, quisiera decir, oída la intervención de mi querido amigo Emmanuel Buch, que me da la impresión de entregarse a un cierto intimismo, olvidando la dimensión social de la vocación que es una con-vocatoria y de la conversión que es una con-versión. Dios nos ha querido como un cuerpo místico, y hay una dimensión social, y transitiva de la conversión. Las tres cuartas partes de la humanidad no están en situación de convertirse, porque ni siquiera pueden comer suficiente. Me fastidian, querido Emmanuel, los mensajes religiosos que den apariencia de convicción intimista, subjetivizadora, y en el fondo no salvífica. La conversión no puede ocupar en la escala de Moss los lugares más bajos, es diamantina y a la vez obra de Dios para quien así lo cree. Lo cual no impide, he aquí lo misterioso, que toda experiencia de conversión nazca de la gratuidad de Dios, para el que así lo cree. Cómo compatibilizar gratuidad y exigencia es la labor del creyente.

EMMANUEL BUCH: Yo no he dicho exactamente lo que tú dices, pues he hablado también del compromiso solidario, de la extensión de la conversión que nace en el interior de uno, a los demás. Yo creo que ayudar a los huérfanos y las viudas es algo encarnado. Cuando ya no quedan grandes utopías ni cosmovisiones fastuosas, queda la presencia activa, la acción diaria y continua, porque el diseño no está en un despacho pergeñado entre cuatro amiguetes, sino que la motivación está en el punto de origen, de ahí que pase lo que pase la acción —fundamentada— valdrá siempre, con cauces más o menos compartidos por otros. Por eso conversión y compromiso son complementarios.